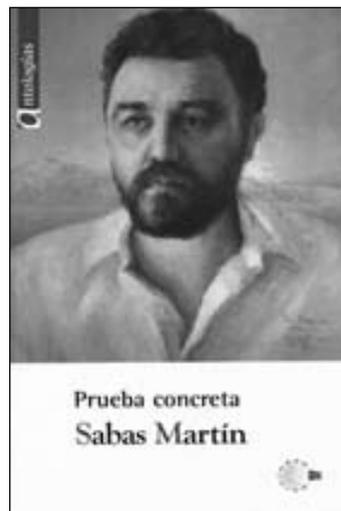




JOSÉ MÉNDEZ

Prueba concreta. Antología poética 1978-2006

Sabas Martín

Introducción de Juan José Lanz

Ediciones Idea, Canarias, 2006

SABAS MARTÍN: A CIELO ABIERTO

La primera consideración que podemos hacer sobre *Prueba concreta*, la poesía reunida de Sabas Martín se relaciona con el periodo histórico (1978-2006) que abarca. En él se produjeron cambios en la poesía española que le otorgaron un rostro esencialmente distinto del que tuvo en la generación del cincuenta y también de

la propuesta ética y estética de la llamada poesía social. Etapa marcada por una rebeldía de nuevo cuño, básicamente urbana, culturalista e influenciada por tendencias transnacionales que no nacían estrictamente en los ámbitos de la creación literaria, sino de la música, el arte o el cine. E incluso de la moda o las costumbres, como fue el caso del *Pop*,

un movimiento que llegó a definir una sociedad o, al menos, una edad, en todo Occidente.

En ese contexto comienza a escribirse la poesía de Sabas Martín. Su primer título, *Títtere sin cabeza* (1978) debería verse relacionado con algunas de las corrientes existentes, entre las que *Venecianos* y *Silenciosos*, eran, para ser estrictos, las dominantes. Sin embargo, ya desde el título, encontramos ironía, autocrítica, y disentimiento, algo ajeno a las gemas de los unos y las trascendencias de los otros. Hallamos también diálogo (algo que paradójicamente le acerca al presente) y una mirada vuelta hacia América (Octavio Paz) aunque fuera para disentir (la disensión en el arte es una de las formas de la fertilización) del autor de *Árbol adentro*. Por tanto, la primera noticia de *Prueba concreta*, es que su autor no encuentra acomodo fácil en las órbitas de la poesía española de su generación. Naturalmente, de lo que no cabe duda es que su poesía es española, por tanto, algo falla en el argumento. Y falla, como siempre, el tópico, los tópicos, porque entre el *gemismo* de unos y la auscultación trascendida de los otros, se debatía una poesía de raíz ética que finalmente ha dado sus frutos, como en el caso de Sabas Martín y de algunos otros poetas difícilmente afiliables *a priori*. En el combate que toda generación ha de tener con la anterior y anteriores existen diferentes estrategias. Derivar hacia otros territorios ideológicos suele ser la más habitual y, a su vez, la más fácilmente reconocible, es el caso de los

dos marbetes ya excesivamente citados. Ambos huyeron del compromiso ético y político dominante en los años 60 hacia nuevos territorios y, naturalmente, hacia un nuevo lenguaje. Otros, siendo más fieles al compromiso social de generaciones anteriores –y a la realidad incómoda del mundo– quisieron lograr que el lenguaje ampliara su percepción del uno y de la otra, quisieron ser lenguaje y que éste calmara y expusiera las heridas, las propias y las ajenas. A esta segunda vía, pienso, pertenece la poesía de Sabas Martín, y que en ella se funden las múltiples variaciones de su obra a lo largo de tres décadas. Por cierto, una vía que fue la dominante en la poesía americana de los grandes maestros, desde Alberto Girri (Argentina) hasta Jaime Sabines (México) a los que Sabas Martín parece conocer muy bien y a la que tampoco fueron ajenos en España, Manuel y Eugenio Padorno o Antonio Gamoneda, por seguir citando más que nombres, emblemas.

El abandono al lenguaje supone el descubrimiento de nuevas realidades. Ésta era la clave: no tanto la sustitución, cuanto la ampliación de los mitos, del rostro de los mitos. Una aventura en cierto sentido experimental que se enfrenta tanto al nihilismo como al historicismo estético. El camino más duro y en el que no cabía atribuirse citas constantes que apuntalaran la experiencia: En *Prueba concreta*, el lector hallará sólo dos citas, la ya mencionada de Octavio Paz y otras dos: Luis Cardoza y Aragón y Umberto Eco, que no abren un poema, sino la

obra. Dos citas genéricas, referida una al valor fedatario de la poesía y la otra al lábil sentido de lo que llamamos tiempo. Nada más. El resto, doscientas cincuenta páginas de poemas, aparece huérfano de referencias como una nueva veta abierta a cielo abierto.

La excelente introducción que el profesor Juan José Lanz escribe sobre la poesía de Sabas Martín en *Prueba concreta*, no se permite, como es natural, la expresión directa que tiene este artículo, sin embargo, me agrada comprobar que en ella aparece el nombre de Guillermo Carnero, vinculado al libro *Pa(i)saje*, como mentor (extremado mentor, es cierto) de aquellos que optaron por vincular la experiencia social y personal con la experiencia del lenguaje al margen de las tendencias (*un poco de silencio/ya es todo silencio*) que Carnero hizo suya de manera especialmente relevante. Obviamente se trata de una coincidencia, de una muestra de que el camino tomado por Sabas Martín fue también el camino de otros. Pero para estos tiempos mitómanos y descreídos no está mal que un nombre reconocido se asocie a una manera de hacer. No hay influencia más allá de la actitud. No puede haberla: romper la propia experiencia, la propia ideología, sobre el espejo del lenguaje y no sobre la tradición y la historia, produce resultados insospechados: inéditos. De ahí que el poeta se transforma en un recolector de fragmentos. Y la recolección, la reescritura, la lectura del poema por su propio autor, es un camino de vuelta...

hacia la tradición y la historia. Tampoco hay otra salida. Por eso lo importante, ya lo dice el proverbio, es el camino, no la meta. Y el camino de Sabas Martín parte de dos obsesiones fundacionales: la finitud de todo (la muerte) y la insularidad. Con los fragmentos que recoge constantemente entre las fisuras del lenguaje pretende reconstruir (entender) un hecho irrevocable y un territorio, lo demás son adornos, descansos en el camino: *en las piedras el orden se confina*.

Aciertos metafóricos deslumbrantes, sin adornos; el remanso del Hai-Ku que guarda la violencia contenida del silex; la prosa poética de *La luz del silencio* como medio de tomar apuntes de la propia mirada, del modo de ver y de lo visto; la voz coral (el Atlante en *La Espiral*) para hilvanar el conjuro que haga prevalecer “la voz contra el olvido” de un tiempo, de un territorio, de un sueño, de una raíz. Estos y otros hallazgos tendrá el lector de *Prueba concreta*, sostenidos por un inquietante escepticismo, por una duda final que parece venir de muy lejos: disculpen ustedes el arcaísmo en los tiempos de Google, pero detrás de cada verso de Sabas Martín, late una concepción romántica del arte. ¿De la vida?